La Geopolítica, una ciencia humanística

Por Carlos A. Disandro

[Apéndice sobre el Canal de Beagle]

ADVERTENCIA

Esta conferencia fue escrita para cerrar un ciclo sobre Geopolítica, desarrollado en el Instituto de Cultura Clásica "Leopoldo Lugones", de Buenos Aires. Fue pronunciada en octubre de 1977, en la sede de dicho instituto, y sirvió de esquema para un amplio diálogo con quienes participaron de aquella reunión. Plantea delicadas cuestiones del mundo contemporáneo y de la Argentina de hoy. Soy consciente de eso. Pero mi ánimo no es polémico, frente a una desazón política que cunde por momentos, y en medio de una guerra semántica que ha alcanzado su máxima expresión espiritual. Quiero en sustancia definir un destino, que no se computa sólo por los fenómenos ni es del nivel del acontecer fáctico. Esa premisa obliga a ser cauto con los pesimismos de turno, pero también desconfiado con las soluciones pragmáticas, que no son ni pueden ser traídas por el mero recuento de los fenómenos acontecidos. En segundo lugar, pretendo restablecer una relación espiritual entre el símbolo de ese destino y los actos políticos propiamente dichos, sin atenerme a ninguna otra consideración, como no sea la que surge de esa articulación. En tercer término finalmente, pretendo rescatar un vocabulario y una temática que están inscriptos en la naturaleza del pensamiento político nacional en tanto éste deriva de la noción de justicia el necesario fundamento para consolidar la libertad y la independencia. Este es un punto controvertido en el panorama argentino. Lo sé. Sé también que no es fácil aceptar aquella interpretación, en medio de los detritus del liberalismo político, cuya criatura más importante es el marxismo terrorista (de extracción civil, religiosa, clerical, dogmática, dialéctica, etc.), frente al cual antes que la contienda militar o bélica, es preciso definir los lineamientos y las fuentes espirituales. El terrorismo es un instrumento geopolítico (semántico, bélico, destructivo, dialéctico), alimentado en occidente por una "teología de la subversión". De allí el empleo de ciertas distinciones conceptuales, que tienen en estos momentos excepcional importancia y significación.

Me place que estas modestas páginas (que el lector debe unir con otros trabajos como "Respuesta de un aborigen a Toynbee", "Brasil y Argentina: soberanía fundacional", "La conspiración sinárquica y el estado argentino", etc.) me place, digo, que se publiquen en el cuadragésimo aniversario de la muerte de Leopoldo Lugones, cuya Grande Argentina no terminan de entender los argentinos. El testimonio más profundo que podemos ofrecer

a su sombra dolorosa después de cuarenta años dramáticos, es la fidelidad sin cortapisa en la construcción definitiva de un estado libre, justo y soberano.

Posteriormente añadí algunas reflexiones sobre el problema argentino-chileno en el Atlántico Sur, sin pretensiones de corregir los conceptos de nadie, pero aplicando con rigor las conclusiones globales de mí conferencia. Nuevas informaciones acerca de la Comisión Trilateral, en particular el Acta de la reunión de su comisión ejecutiva (reunión acontecida entre el 29 de noviembre de 1975 y el 2 de diciembre de ese mismo año, en París): en ella llaman la atención ciertas expresiones, incompatibles con la verdadera soberanía de los pueblos y naciones, lo que en mi vocabulario interpreto como "soberanía fundacional". De esas expresiones, dos son particularmente sorprendentes: la primera se refiere a los "nuevos mecanismos para crear en el mundo un clima económico y político más estable". La segunda en cambio alude "a las necesidades de la interdependencia por encima de los mezquinos intereses nacionales o regionales". Quien sabe leer, sabe leer también en entrelíneas.

¿Qué ha acontecido además en la reunión sobre el Atlántico Sur, promovida a fines de 1978, por la Comisión Trilateral, en la ciudad de Bahía (Brasil), con la participación de un delegado argentino, que sale también de los trasfondos del Council on foreign Relations? En fin ¿qué sentido tiene la fundación, en Buenos Aires, de una filial argentina de tal Council de Rockefeller and C°?

Aunque el tiempo quite urgencia a algunos datos contenidos en mi disertación, la guerra o la paz en el sur y en el oeste subcontinental seguirán dependiendo de esa visión global, de esa geopolítica humanística que aquí intento describir. En la paz, la fundación geopolítica humanística consiste en descubrir un camino institucional que sin afectar las soberanías jurisdiccionales, legado del siglo XIX, procure la consolidación de la soberanía fundacional, la soberanía de las fronteras dinámicas. En la guerra, en cambio, esa fundación implica, además de ganar la guerra, establecer definitivamente las condiciones operativas de un estado humanístico, que repliegue en lo posible todos los conflictos. En este sentido, mis reflexiones no son ni será caducas.

C.A.D. – 1978.

-1-

La sabiduría antigua se ha trocado en ciencia moderna, y ésta a su vez indaga y reordena ahora para él poder sobre el mundo, para el poder sobre el hombre, a fin de que el mundo sea como el hombre y el hombre como Dios. La sabiduría fue en los antiguos tiempos reclamo de la sacralidad, descenso de las realidades supramundanas al contexto efímero

del mundo, recurso de un retorno a la vida originaria, fuente de toda sacralidad convivida y participada. La ciencia en cambio erígese en reclamo de exhaustiva operatividad con los supuestos fundamentos physicos del mundo, define el ascenso de las tensiones luciferinas que acechan al hombre y exhibe un recurso de abolición de toda fuente, en busca de la definitiva mutación del mundo, por imperio de la divina mutación del hombre. La sabiduría custodiaba y custodia la conciencia terrígena del hombre; la ciencia por el contrario proclama el advenimiento del ritmo hacia el transhombre, desligado del hombre, desligado a su vez de la sacralidad del mundo, y reclama por tanto la muerte de la conciencia terrígena.

En tales opuestos se mueve nuestra historicidad concreta, nuestra mística y nuestro contexto cotidiano, nuestras iglesias y nuestras políticas, nuestro espíritu intramundano y nuestra letra trascendental, nuestro papa y nuestro emperador, nuestro pan, nuestro vino y nuestro laurel, nuestra palabra, nuestra música y nuestra gloria gozosa por la muerte de los dioses, por la perención de la lumbre de los dioses, en la que fue dichosa escala de una vida congénita de asombro.

En tales horizontes, la suprema ciencia del hombre se torna en conducción operativa sobre el acontecer de la tierra, se entraña en la presunción de un cosmos abierto al dominio del hombre, de una physis que desde el hombre inicia un nuevo giro de la espiral concentracionista y dispensadora: más allá del mundo, su modulación en hombre; más allá del hombre, su apertura al transhombre infinito, hasta alcanzar la cúspide de la deidad que viene.

Ahora bien, la ciencia habiendo partido de una confusa reinterpretación de la physis griega, se encamina desde el siglo XIX a un conocimiento global, interrelacionado, que permita representar y poseer aquella unidad originaria de donde partió antaño la sabiduría. La ciencia quiere trocarse de dominio del hombre en sabiduría del hombre, para iniciar otro ciclo de dominio más vasto que nos conduzca a la entrada de la beatitud intramundana. En tal horizonte, variadas correlaciones científicas apuntan y se despliegan en los siglos XIX y XX; ellas resultan modulaciones hacia acordes conceptuales cada vez más complejos y difíciles, cada vez más eficaces y siniestros. Sus antecedentes especulativos deben buscarse en Fichte, Herder, Humboldt, Hegel y Schlegel; sus métodos empíricos en physicos, naturalistas y lingüistas que ajustan los módulos de medición, interpretación y análisis y que reencuentran en el cálculo matemático el tránsito del contenido empírico y cuantitativo de los fenómenos al plano ideal de representaciones absolutas. Sus antecedentes más remotos empero habría que configurarlos en Nicolás de Cusa, Copérnico, Giordano Bruno, Galileo, Newton, que cancelan el espectáculo de una physis sacralizada, pero cuyo fervor racionalista, cuya mística de la razón o de la interioridad que se hace potencia mundana reconoce su más antiguo predecesor en el

poeta Lucrecio. A su vez la energía de un pensamiento absoluto que es autoengendramiento intracósmico nos retrotrae a la mística del espíritu en Eckhart, de cuya muerte se cumplen ahora seiscientos cincuenta años, un ahora caliginoso que contradice las lumbres inatendidas; resplandecientes sin embargo en el alma del germano, subyugante y misterioso. Naturalmente es un escándalo para el empirismo cuantitativo de signo matemático proponer como antecedente de cinco siglos de ciencia moderna un poeta antiguo y un místico medieval. Pero en cuanto desentrañamos la doble infinitud que devora al mundo en el hombre, o al hombre en procura de un gesto que sea mundo irrestricto, comprendemos que tales supuestos no resultan tan extraños ni disímiles. Lucrecio es el poeta de la infinitud cósmica, Eckhart el místico de la infinitud del alma. El cruce de estas dos coordenadas dimensiona el campo de la ciencia moderna, de toda ciencia que partiendo de un fenómeno se liga a la totalidad fenoménica, o que estableciendo una hipótesis conceptual desoculta la virtud infinita del acto conceptual y trasiega en el espacio una potencia infinita.

Varias son las ciencias que pretenden la regencia de todas, lo que quiere significar la regencia del mundo desde el hombre, la regencia del hombre desde el secreto sostén de la natura infinita. Varias son en consecuencia las pautas de un saber que siendo creatura del hombre prefiguran el acto divino de proponer al hombre en el tiempo de la tierra, en la tierra del paraíso, en el paraíso de la definitiva instauración cósmica, intramundana, que aconteciendo como usura del tiempo establezca un horizonte inmune a su erosión, a su pasaje y a su cambio inagotable. Un hombre que siendo tiempo, aconteciendo en el tiempo y generando tiempo concluya en el transhombre, instaure la usura del tiempo contra el cosmos, de modo que contra la sentencia bíblica un minuto sean mil años, un artefacto generación incontable de jerarquías artefactas, una fórmula matriz de fórmulas divinas. Un hombre que siendo historia adense una historia multiforme más allá de la tierra, y que siendo physis adense una physis más allá de los astros. Podríamos citar la física, la biología, la lingüística, como ciencias de las totalidades recurrentes que ascienden de la tierra al hombre, del hombre a la fórmula, de la fórmula al trasiego, del trasiego al poder para hacer otra tierra, otro hombre y otra fórmula, en inexhausto ciclo abierto a la infinitud.

Sin embargo, la ciencia de una modernidad explícita y cabal en la que se cruzan las coordenadas de todas las ciencias; la ciencia de una operatividad infinita no en el laboratorio, la fórmula o el experimento, sino en la realidad compleja, global, sincrónica de todos los hombres; la ciencia por la que tierra e historia o sea physis y tiempo suben a la máxima tensión de concepto y fenómeno en un orden diacrónico, evolutivo y siempre recapitulatorio; la ciencia de la realidad en tanto que conducción del entero y contrastante ritmo de un poder que es esencia del vínculo entre los hombres, esa ciencia multívoca, multiforme y plurifenoménica que atiende al último detalle de un curso hidrográfico o de

una droga química, sería en verdad la geopolítica, para la cual todas las demás resultan ciencias auxiliares para la conducción de los humanos, en todos los niveles de su multívoca manifestación histórica. En este sentido generalísimo, en cuanto todo saber anuda en el hombre, para la conducción sistemática de todos los hombres, la geopolítica es una ciencia humanística, y como toda ciencia moderna entraña una tensión entre ciencia de dominio y recuperación de una sabiduría recapitulatoria. Ello implica en la geopolítica, o bien sistematizar la conducción del dominio según los resultados históricos de tres mil años de cultura, comprometida según una conciencia del tiempo y de la tierra; o bien, el replanteo de sus bases especulativas, como una ciencia de la instalación política de las estirpes, en cuanto hombre es humanitas concreta y ésta propone siempre términos medios históricos en que resplandece su multivocidad inagotable. En esta segunda perspectiva, que distingue grandes constelaciones conceptuales, hablaríamos también, aunque en sentido más preciso y restringido, de una geopolítica humanística, de una ciencia multiconceptual que se torna en capacidad empírica de hacer a los hombres más humanos en el contexto de la sociedad universal de los hombres. De esta manera repartimos dos grandes concepciones de la geopolítica, como ciencia de la modernidad operativa: la que entrañada en la seguridad del dominio trueca la pysis: del hombre en autoconciencia del dominio evolutivo; la que despliega la conciencia terrígena como un secreto inviolable del mundo, como una tarea que desoculta el destino del hombre según una norma concurrente y promotora para la sociedad universal de los hombres. La primera exhibe la transformación de la filosofía de Fitche, su humanismo de la potencia infinita del yo, en una filosofía de la naturaleza y en una tecnología de la construcción masiva del hombre. La segunda intenta recuperar el carácter de la sabiduría antigua, que es una instalación en el mundo órgano del hombre, no una instalación en un hombre órgano del mundo. La primera transforma al hombre en una pirámide de una cúspide que conduce, para dominar, y una base masiva que proporciona materia de dominio. La segunda propone la custodia de la organicidad viviente que distinguimos y unimos en la articulación tierra + hombre, para alcanzar la plena madurez del hombre. La tierra sin el hombre no tiene sentido; el hombre contra la tierra significa a su vez destruir el sentido del hombre y por ende de la misma tierra. La ciencia fichtiana es la de los ursprüngli chen Gewalten der Natur; la ciencia humanística de la sabiduría geopolítica es la convivencia reordenadora de los estados, el arte de orientar las tensiones históricas, el fino conocimiento de la tierra viviente, en una palabra, lo que he llamado "conciencia terrígena", articulada en una conciencia humanística y política.

-2-

Es suficiente esta introducción para advertir posibilidades contradictorias en esta ciencia

global de las totalidades histórico-políticas. Tendremos una geopolítica de los dominios contrastantes, de las esclavitudes tecnocráticas, ideológicas, regimentadas por un difuso humanismo, tramado por una ciencia supuestamente salvífica; o bien, una geopolítica que exprese la voluntad constructiva de un orden humano, donde cada hombre puede buscar y hallar un camino de salvación y resuelva su destino en el marco de una justicia general, inconfundible y abierta. Cuando hablo pues de geopolítica como ciencia humanística me refiero, claro está, a esa segunda connotación que opongo a las categorías fichtianas del yo absoluto, a las categorías hegelianas del espíritu trocado en tiempo resolutivo y divinizante, a las categorías marxistas de una materia que incluye todos los atributos divinos, menos la trascendencia, de un hombre que siendo Gattungswesen (ser genérico) sacrifica la justicia en función de una utopía, y la libertad política en función de un concentracionismo sinárquico que abate las naciones y esclaviza las estirpes. La geopolítica fichtiana es connaturalmente expansionista y dominadora, y por ende en su cruda expresión tecnocrática tiende a ser sinárquica y ecumenista. La geopolítica que defino por la conciencia terrígena y cuyo decisionismo es ante todo expansión y consolidación de la justicia (como reflejo de la dikecósmica que nos ha instalado en el mundo), es resueltamente antisinárquica y contraria a todas las representaciones marxistas, ya sea del marxismo capitalista de EE.UU., ya sea del marxismo socialista de la Unión Soviética. Nosotros la llamamos con un vocabulario típico que nos pertenece pese a todas las distorsiones, geopolítica fundacional y justicialista. En el marco de esas distinciones y precisiones debemos profundizar los caracteres positivos de esta ciencia de las totalidades histórico-políticas; y en sus recursos conceptuales sistemáticos clarificar nuestro dilema presente, a saber: o bien continuar la guerra de la independencia dentro del espacio hispánico y a través de éste reasumir, desentrañar y retener un decisionismo personalista y popular al mismo tiempo; o bien ensamblarnos en los bloques sinárquicos, en el gobierno mundial del dinero, la técnica y las logias ocultas, aceptando las consecuencias políticas, espirituales y culturales de una religión ecumenista que destruye la beatitud de la tierra justa; que so pretexto de servicio del hombre, corrompe las profundas fuerzas creadoras del hombre; y que exhibiendo o un progreso planificado, propone en realidad reducir los hombres, los pueblos, las estirpes, las naciones y los estados, a un magma geopolítico, de donde provengan los nuevos estratos de construcción intramundana. Fuera de estas dos corrientes profundas y totales, no queda otra alternativa como pasaje de la historia global contemporánea. Resumamos una vez más los rasgos de las dos grandes coherencias conceptuales. Por un lado, la geopolítica del universalismo de conducción masiva, cuyos términos medios son la burocracia planificada, la tecnocracia en estado de permanente cambio y de permanente ajuste, en fin la entretela de las multinacionales, correa transmisora de la energía geopolítica. Por debajo, lo que he llamado magma, es decir, todos los hombres, todos los pueblos, todas las estirpes; por

encima la cúspide de conducción operativa. Por otro lado, la geopolítica de la tierra viviente articulada, en cosmos-historia, hombre-ciudad, ciudad-estado, según principios inviolables, que corresponden al destino orgánico de la tierra y del hombre en el mundo. Pues así como no se puede construir un organismo que contradiga las formas inocultables y sabias de la natura, por ejemplo no se puede concebir un cíclope o un bípedo cuadrimano al mismo tiempo, así tampoco se pueden intercambiar los ejes cósmico-telúricos, las dispensaciones características de una cosmogonía suscitante, los recursos inviolables de una historia que es fuente de una beatitud antaño convivida entre los dioses y los hombres. Aquí los pueblos, los estados, las estirpes, las naciones, los continentes, océanos, montañas y ciudades se incluyen en organicidades promotoras más amplias, más justas y más beatíficas que las planificaciones del hombre hegeliano, comtiano o marxista.

Comenzaremos por definir el contorno positivo y promotor de una ciencia que es al mismo tiempo hermenéutica del pasado y del presente, y prefiguración de un gesto político que instaure, salve y consolide, como un saber de la totalidad para todos los hombres como una regencia prudente de los hombres para una totalidad dinámica, que tiende a excluir la justicia lealmente convivida. Y así como dije que la geopolítica fichtiana pasa forzosamente por una etapa sinárquica y un régimen dialéctico que anula no sólo la sacralidad del mundo, sino la justicia de los hombres, así la geopolítica humanística de la justísima fundación de los hombres en el saber de límites terrígenos recupera el contexto especulativo helénico en cuanto hace de la justicia el principio que liga naciones, continentes, hemisferios y el entero y vasto mundo, como recurso de una comunidad organizada a nivel de patrias ancestrales, de parentescos continentales irrestrictos, de exigencias mundialmente recuperables y valiosas, que incluyen en la sentencia "yo soy hijo de hombre", el dato constructivo de la conciencia terrígena, abierta a la magna sentencia "yo soy el Hijo del Hombre", para que los hombres sean hijos de Dios.

Según estos niveles la geopolítica que llamamos helénica porque reafirma el principio de la justicia internacional a nivel de pueblos, continentes y entero mundo, reordena y prefigura una libertad política, reasentada en el contexto de la justicia. Frente a una sociedad mundialista de regímenes sinárquicos, erígese una sociedad articulada en la justicia, justicia de la tierra para los hombres, justicia de los hombres para los hombres, y justicia de los hombres para la tierra viviente. En esta compleja escala recapitulatoria, el humanismo de la geopolítica fichtiana, que se deduce de su brevísimo tratado sobre la dignidad del hombre, consiste en humanizar la natura por un despliegue histórico del hombre, lo que sería el contenido mismo de la deidad. En cambio, el humanismo de la geopolítica fundacional de trasfondo helénico y romano, es un caso particular del logos fundante, que en el vínculo de tierra e historia reconquista la organicidad originaria del mundo; la inserción del tiempo como un dato contrastarte con la tierra, pero no erosivo; la política que conduce a los hombres por otros hombres como un destino de regimentación y

creación, lo que Cicerón sugiere con los verbos condere y tueri. Este humanismo no es entonces mundialista, pues atiende a la coyuntura de las estirpes y sus fuentes, a las lenguas y sus semánticas, a las manos y sus tradiciones operativas. No nacieron éstas de la tierra para esclavizar al logos, sino para manifestarlo y expandirlo, cuyo ciclo se colma en la tierra pero se reabre en el hombre.

Y así establecemos las tres notas fundamentales de una geopolítica romanista que nos pertenece por tradición semántica, por destino de una estirpe fundadora, por asunción de una cultura en que consiste la conciencia histórica de la Nación.

La primera nota se denominaría frontera geopolítica entre la tierra y el hombre, por donde el magisterio de la iustissima tellusrespecto del hombre, según Virgilio, debe tener una respuesta en el iustissimus coetus hominum respecto de la tierra.

Caben aquí todas las dimensiones ecológicas, sin cuya puntual referencia, toda geopolítica es un recurso apocalíptico, que acelera el fin de una cultura. Marxismo capitalista y marxismo comunista son en tal sentido instrumentos de una geopolítica esotérica trazada en definitiva contra la tierra y por ende contra el hombre, regimentación de una deidad mundialista infecunda que transfiere al hombre el señorío de los abismos del mundo, con el pretexto de una supuesta dignidad del hombre, de la razón o de la ciencia. La geopolítica de Rusia procede del odio a la sacralidad de los imperios; la geopolítica de EE.UU. en cambio procede del odio a la deidad fecunda, que sólo propone "vida" y que en el modelo de la tierra viviente decide la organicidad viviente del hombre. Caben por eso en esta primera frontera geopolítica todas las ciencias, pero en particular las ciencias de la tierra, como órgano viviente de la historia universal; y las ciencias de la historia, como memoria fundante, recapitulatoria y clarificadora de los vínculos vivientes entre la tierra y las estirpes de conciencia terrígena, o de los contrastes entre la tierra y los atlantes, tiranos de la conciencia terrígena. ¿Cómo llamaríamos a estas dos disciplinas, que parten del dato unitivo viviente de la tierra con el hombre (lo que constituye la totalidad de la vida cósmica), y se bifurcan en una metodología geobiológica y en otra antropohistórica? Cualquiera sea la denominación, en sus fundamentos encontraremos el fundamento cósmico-humanístico de la geopolítica, como aquí la proyectamos.

La segunda frontera se refiere a lo que podríamos llamar las fronteras semánticas entre las estirpes, que permite ordenar un curso geopolítico según un espacio revelatorio, que siendo "vida" no se confunde con la vida telúrica; según una articulación del sentido mundano que aconteciendo en el reino de los fenómenos geohistóricos no se confunde con ellos; o según una theophanía sacralizadora y dispensadora, que siendo presencia del reino de los cielos no repliega los fenómenos geo-históricos como una materia indiferente y mostrenca. En este sentido, la geopolítica soviética se define por la muerte de la hierophanía de Europa, acontecida en los campos de batalla de 1918 y 1945. A su vez la

geopolítica norteamericana se define por un mundialismo bíblico, que nace de una imperfecta interpretación del vínculo entre el hombre y el paraíso, por una reinstalación utópica en un paraíso tecnocrático. En este mundialismo, América pierde la sucesión imperial que le corresponde, y EE.UU. construye una geopolítica de las multinacionales, como término medio operativo entre la masa igualitaria del orbe, reducida a pura cantidad, y la cúspide de los Superiores Desconocidos del gobierno mundial, erigidos en selecta presunción de la totalidad. Las dos geopolíticas son de la misma especia caínica: la soviética porque instaura el trabajo forzado contra el pastor Abel; la yanqui, en nombre del mundialismo bíblico, mata a los pueblos que representan el destino de Abel. La soviética impone la disciplina de la derecha concentracionista, y tritura la libre dispensación de las estirpes; la yanqui difunde la barbarie de la izquierda desmelenada y caótica, y desprecia el ancestral principio de la libertad subordinada a la justicia.

La tercera nota en fin alude a las fronteras de los estados y a su inserción en totalidades continentales, hemisféricas o globales, al curso de una historia que se insume en esas dimensiones orgánicas concretas, aunque más generalizadas y vastas. En esas fronteras recuperamos por supuesto el alma orgánica de un contexto, que decide sobre el destino de una nación. Estas serían las figuras geopolíticas que tienen una importancia fundamental en la construcción del espacio geopolítico, y que exigen fidelidad a sus recursos operativos, so pena de retroceder a un espacio mostrenco, despojado del logos significante.

Aquí desde luego se ven con mayor claridad quizá las astucias caínicas de Rusia y EE.UU., si contemplamos el curso de la geopolítica de oriente y occidente en el contorno de África. Sin pretensiones de profundizar ese horizonte tan conflictivo y problemático, podríamos definir esa geopolítica como estímulo de retroceso al espacio mostrenco, por donde sea posible a la derecha instaurar el cainismo soviético en una Europa postrada y sojuzgada, y sería éste el cainismo de las falsas derechas; y a la izquierda en cambio promover el cainismo yanqui, en una América postrada y sojuzgada, ensayo revulsivo de utopías bíblicas contra la tradición de las estirpes y contra el estilo fundador de los imperios. Sería éste a su vez el cainismo de los falsos profetas bíblicos, encabezados ahora por el señor Carter y su increíble staff tecnocrático. La derecha, es decir, la Unión Soviética comporta la existencia de las jerarquías estamentales en los tres órdenes sacros: sacerdocio, milicia, artesanado, por donde unida con las falsas jerarquías romanas, significará según el padre Congar, teólogo de Montini, la nueva unión fecunda de barbarie y cristianismo: Eglise, á les barbares! Que se preparen pues las falsas derechas para servir a los señores de Moscú.

La izquierda, es decir, EE.UU. comporta la "revolución cultural" permanente, el Solue et Coagula de los alquimistas negros delCouncil on Foreign Relations que cubre la

instrumentación de las guerrillas contranacionales con el inocente y pomposo nombre de "derechos humanos", los derechos de Caín por supuesto, contra el cadáver inocente de Abel, de aquel Caín que por Tubalcaín es padre de toda geopolítica tecnocrática. Hemos aprendido estas ilustraciones inequívocas de un pensamiento dispensador y categórico en el magno Dostoievsky y pienso que el insigne ruso ha visto los repliegues más oscuros de este desfonde teológico, que nos entrega a las logias de los biblistas anarco-apocalípticos. Que se preparen pues los liberales democráticos para servir a los señores de las multinacionales, a los señores de Carter y Brzezinski, crueles como las máquinas que exhiben, apátridas como los papeles que han sepultado a Homero y a San Juan.

(Nota: Curioso resulta transcribir algunos párrafos del comentario político de la Nación, en su entrega del 12 de junio de 1977. Dice entre otras cosas, hablando del viaje de nuestro ministro de Economía: Las cosas cambian enteramente en Washington, por la audiencia con Brzezinski, quien preside el Consejo Nacional de Seguridad y es, según será más fácil colegir, el Kissinger de Carter (...) Si Brzezinski comprende algunas de las dificultades argentinas, seguramente las comprenderá todavía más el Dr. Samuel P. Huntington, que es su asociado en algunas empresas académicas de largo aliento. Con Huntington, Brzezinski escribió una obra clásica sobre las similaridades y contrastes de los EE.UU. y la Unión Soviética: Political Power: USA/URSS (...) Huntington vendrá a la Argentina a principios de agosto (...) Huntington es algo así como el ala derecha del grupo Brzezinski. Años atrás con el patrocinio entre otros de David Rockefeller se fundó una institución aplicada a los estudios de política exterior con el nombre de Council on Foreign Relations: Brzezinski ha tenido aquí la plataforma desde la cual saltó al elenco de asesores del Sr. Carter. Con el liderazgo de Brzezinski el grupo comenzó a trabajar con una nueva tesis para la política externa norteamericana...)

Recapitulemos pues las tres notas de una geopolítica fundacional y justicialista. La frontera geopolítica entre la tierra y el hombre; la frontera semántica entre las estirpes; las fronteras de los estados y su inserción dinámica en todalidades que las pliegan a figuras más vastas, más significantes, que esconden el curso de las creaciones decisionistas ulteriores y fecundas.

-3-

Según estos trasfondos conceptuales, que considero de singular importancia en estos tiempos oscuros del mundo y de nuestra patria, revisaremos la noción de "guerra de la independencia", de modo especial por supuesto para el ámbito hispanoamericano y argentino. De su análisis surgirán otros rasgos de la geopolítica, como ciencia humanística, u otras inferencias en cuanto a los conflictos actuales, instaurados a veces

como método de gobierno, estimulados otras como fases concentracionistas, o dirigidos a preparar las condiciones que hemos sugerido en la doble dirección de la geopolítica mundialista.

Debemos partir de antecedentes muy remotos que explican la dimensión del campo geopolítico, transitar luego por un pasado muy cercano, que ya entraña las líneas de fuerzas contrastantes, y en fin reencontrar este presente, en el que nuestra Nación parece disolverse en el empuje de la geopolítica de la izquierda, conducida a ella por una coalición de las éticas bíblicas, y nuestro estado subyugarse para ser estado tecnocrático de insensatos planificadores salvacionistas.

La línea de convergencia cósmico-temporal, physico-histórica, geográfico-humana es la primera ley que induce toda geopolítica, de cualquier signo, fichtiana, helénica, romana o fundacional. América, en el sentido cosmográfico, geológico, geográfico, es un continente de configuración polar; boreales y australes, árticos y antárticos determinan un eje de referencia que separa a los dos grandes océanos, pero dinamiza al mismo tiempo sus vínculos operativos. Este sería el gran dato de la geografía americana que es la primera connotación de una geopolítica americana, y en ésta la que corresponde al hemisferio sur. El segundo dato es histórico: no hay en América ni lengua ni estirpe fundacionales. Lo que adviene no es originario, sino concluyente; no es fontal, sino recapitulatorio; no es sacro, con sacralidad fundante, sino abierto a la sacralidad que se recupera en todos los espacios. Cuando este contexto ingresa a la historia universal -siglos XV y XVI- lo hace en el espacio geopolítico abierto por el imperio romano y sus resultados medievales, pero también en el espacio circunscripto por las tensiones religiosas de esos siglos. Romanidad y cristiandad son los datos complejos para una América enigmática. A ello responden los corifeos de otras tendencias, supuestamente más empíricas: América indígena, por ser un dato mostrenco anterior, impondría el curso de la convergencia telúrico-política, y de ello deduciríamos una guerra: 1°) contra el cristianismo y la Iglesia; 2°) contra Europa; 3°) contra España; 4°) contra EE.UU. La geopolítica soviética, fundada en realidad en sus aspectos propagandísticos por Lenin, pero cuyas fuentes habría que buscarlas en el impacto de Fichte sobre el pensamiento ruso, suscita y dinamiza esas posiciones ideológicas como fase previa a la disolución de un frente espiritual que de todos modos obstaculiza ciertas orientaciones del dominio comunista. A su vez EE.UU., por otro costado, por lo que he llamado el mundialismo bíblico de Carter, estimula la liquidación de la América barroca tridentina para insumirla en el profetismo judeocristiano sin atingencia con la tierra concreta, con nuestra tierra argentina, ganada y conservada con la voluntad de nuestro pueblo. He aquí la compleja situación del presente.

Agreguemos para completar el panorama remoto o cercano que en la apertura de América como convergencia de geografía e historia en el siglo XVI, nosotros ocupamos un

espacio interno del imperio romano, en tanto que Norteamérica se distiende en un espacio periférico que rodea a ese imperio. El contraste prolonga la polaridad entre España e Inglaterra. España, tierra fuertemente romanizada, de significación espiritual en la historia de la lengua latina, de representación universal en el Concilio de Nicea, el Concilio que funda teológicamente nuestra geopolítica; e Inglaterra, como dice Virgilio penitus toto divisos orbe Britannos, sin atingencia originaria con la fundación de Roma. La dirección de nuestra geopolítica será forzosamente contrapuesta a la de EE.UU., en la misma medida que éstos son bárbaros que irrumpen y confunden la unidad del Imperio, mientras nosotros somos Imperio romano, imperio español, Iglesia de Nicea donde España triunfa a través de un obispo de nombre griego. Y ahí también está el signo fatal de EE.UU.: impedir que América recoja la sucesión imperial, impedir que Europa vuelva a su connatural tensión de romanidad y germanidad para dominar al bárbaro de las estepas. Por eso cuando Roosevelt salva al estado soviético en derrumbe, instaura la unión de los bárbaros contra Europa. Han debido pasar cincuenta años de dramáticos acontecimientos para que esa unión pudiera merecer la bendición de las falsas potestades de Roma, sublevadas contra la majestad del imperio y contra la sacralidad de la Iglesia. Aquella unión se consolida pues con el axioma, Eglise, á les barbares; ahora enfrentamos pues la geopolítica sinárquica, fase dialéctica del gobierno mundial y teocrático contra el Imperio y contra su reinstalación en las naciones, órganos de una nueva grandeza fundadora.

Los españoles intuyeron primero y realizaron después las fundaciones promotoras de una geopolítica verdaderamente genial. Por ella el imperio perdura hasta el Siglo XIX. No estamos ahora en circunstancias de hacer esta historia geopolítica, sino de mencionar de modo sucinto las referencias ordenadoras de nuestra instalación como nación independiente, y del curso que habrá de seguir nuestra guerra de la independencia. Sin embargo, entre esas notas fundamentales, de un pasado que engendra este presente, debemos recordar la figura de Carlos III y su extraordinaria actividad geopolítica. En lo que nos atañe más directamente, dos datos son fundamentales, ligados según parece por una sola visión de las dispensaciones imperiales: la expulsión de la Compañía de Jesús y la instauración del Virreynato del Río de la Plata. En estos sucesivos espacios geopolíticos que se configuran como zonas orgánicas debemos entender nuestra guerra de la independencia y debemos trazar nuestra propia geopolítica fundacional al margen de la unión de los bárbaros, falsamente convertidos por Montini; al margen de las presiones de la derecha soviética y de la izquierda yanqui, al margen también del Concilio Vaticano II que da por abolidos los fundamentos teológicos de la cristiandad; al margen de las multinacionales que abaten las soberanías congruentes de los estados, sus virtudes prudentes y eficaces, para instaurar una sociedad mundialista sin justicia internacional. Tales son pues los capítulos de una vasta empresa geopolítica que nos espera. En tal tesitura transcurre desde 1767 nuestra guerra de la independencia que ha recorrido hasta

ahora cuatro fases fundamentales. Hemos entrado en la quinta. La primera corresponde a fin del siglo XVIII; se ganó al ser abatido el enemigo jesuita y al instaurarse una geopolítica del Atlántico Sur. Se perdió en la intromisión de Inglaterra en los asuntos americanos. La segunda fase concluye con la desinteligencia de San Martín y Bolívar. Se ganó frente a España, se perdió frente a EE.UU., Inglaterra, Francia y Holanda. La tercera fase corresponde a una situación interna que prolonga hasta hoy sus nefastas consecuencias, la guerra civil de caudillistas y constitucionalistas, cuya guerra se transforma en herramienta de dominación, de conflictos, pobreza, atraso y fuentes de otras disensiones. Geopolíticamente la Argentina pierde en una serie interminable de desgarramientos que llegan al actual arbitraje del Beagle. La cuarta fase corresponde en fin a las tensiones entre el movimiento nacional y el movimiento sinárquico, que ha alcanzado su máxima eficacia concentracionista y su máxima expansión operativa en la derrota del Imperio. Hemos entrado en fin en la quinta fase de la que depende ahora la continuidad de la Nación Argentina.

En este contexto se entiende el instrumento multívoco de la guerrilla. Pero ¿quién la inserta, qué mano la esgrime y qué mente dirige esa mano? Tal pregunta sólo puede ser entendida y contestada en el marco de las confrontaciones geopolíticas, que trascienden la ética bélica, la ética militar, la ética civilista. ¿A qué ética responde entonces? Pueden contestar esta pregunta los teólogos de la revolución mundial, que para esgrimirla, favorecerla y practicarla han cambiado la noción de pecado, lo que implica su máxima hybris.

Podrían contestarla también los estados de oriente y occidente que alimentan la guerrilla contra el estado y el ejército argentinos, pensando que la geopolítica que llamé personalista y popular puede inclinarse a favorecer la derecha soviética. En fin podrían clarificarla los que planifican un poder cultural que sea la abolición de toda cultura, sustituida por ese nefasto instrumento de guerra que se llama televisión. Pero la quinta fase de la guerra de la independencia coincide también con la última fase de la guerra revolucionaria, que pone al estado argentino y al ejército argentino como en los comienzos de esta guerra: vencer o ser aniquilado.

-4-

Retrocedamos una vez más a un punto de partida empírico, de absoluta organicidad promotora. Hemos hablado del eje polar americano que instaura un continente transhemisférico de misteriosa consonancia con el eje telúrico tal vez. Pero este eje es energía cósmica, geológica e histórica hacia el meridión, hacia la Antártida, refugio quizá de los hiperbóreos, trocados en hiperaustros para el nuevo ciclo de la historia universal.

En lenguaje simbólico los caballeros del Graal trasladan el sacro y misterioso cáliz hacia el sur: han cruzado ya todas las zonas boreales, han pasado la línea del Ecuador y el trópico y marchan inconteniblemente hacia el sur. El martillo de Thor, como dice Heine, puede demoler y demolerá las catedrales góticas, vacías ahora de toda presencia divina. Quizá ha comenzado a erguirse entonces en el sur andino antártico el castillo de Monsalvat, sobre una cúspide nevada, presunción de otros aledaños incógnitos para esas nieves del meridión, despreciados por un hombre argentino, confundido en el fragor de la guerra. Pero esto es por ahora un detalle en el trocamiento de la seda hiperbórea. Los enfermizos empiristas, los fenomenistas que confunden todos los planos, los tecnócratas calculadores, la videocracia irrestricta ríen con risa soberbia, desaforada y segura. Nosotros sin embargo empíricos y simbólicos anunciamos el destino geopolítico argentino, destino del eje mundano, destino de la nueva dirección de la energía polar, que anticipa otros rumbos de expansión del espíritu, en las vastas tempestades de todos los vientos cruzados, en los vastos cataclismos que preludian las alianzas sinárquicas.

La guerra de la independencia sugiere en estas instancias tres motivos fundamentales, que desentrañan el sentido de su despliegue:

1) combatir el ecumenismo sinárquico que es la muerte del Graal, el desprecio de los hiperbóreos, la ciencia de los atlantes. 2) replegar las tensiones del hemisferio norte que perderá irremediablemente el cetro histórico. 3) reabrir el combate del imperio por el Atlántico sur, que nos abra el acceso definitivo al eje polar.

Y aquí comprendemos el gran legado de Carlos III sobre el que conviene decir dos palabras. Ese legado ha puesto los fundamentos políticos o sea geopolíticos, de nuestra Nación, que pugna por ser Estado Antártico Polar, para intervenir de un doble modo en la remodelación hemisférica de la política mundial: en el contacto de los dos océanos y en la relación de Atlántico norte y Atlántico sur al margen del eje Washington-Moscú. En esta doble dirección podría ejercerse precisamente la soberanía fundacional argentina, definida por nosotros hace ya quince años como soberanía de las fronteras dinámicas de las que depende el futuro de la Nación.

La expulsión de los jesuitas abate la primera geopolítica internacionalista ecumenista de occidente y oriente. En esa geopolítica la Compañía de Jesús contaba con establecer una cuña profunda en el imperio por el dominio de la Cuenca del Plata, la probable promoción de un estado guaranítico que sirviera de nexo entre Atlántico y Pacífico. De haber triunfado esa geopolítica nuestro país simplemente no existiría. Pero Carlos III profundiza además su victoria sobre los jesuitas e impone la geopolítica del eje polar con la fundación del Virreynato, cuyas consecuencias institucionales y políticas son vastas y complejas. En ese espacio geopolítico ha crecido la Argentina y ha sufrido también sus grandes derrotas. Pero las derrotas no anulan el destino geopolítico, que ha obedecido

hasta ahora a causas más profundas que las disputas ocasionales esgrimidas en los siglos XVIII y XIX. La guerra de la independencia debe reconocer este primer principio estratégico y aplicarlo con rigor deductivo, so pena de sufrir una quebradura que puede ser definitiva: la quebradura de lo que he llamado fronteras dinámicas, que preservan el trazado del eje polar transhemisférico, connatural a la presencia del continente americano en la cosmografía telúrica del globo.

No hay para la Argentina hinterland geopolítico, como lo hay para Brasil, para Rusia y China, y lo hubo para Alemania y EE. UU. Y esto que parece una desventaja, en ciertas concepciones de una geopolítica positivista y fáctica, la del "fait accompli" contra la geografía y la historia, es en realidad una ventaja, pero comporta al mismo tiempo otro género de dificultad resolutiva y práctica.

La ventaja radica en que las fronteras llamadas políticas no necesitan de una expansión territorial o geográfica para reencontrar un destino geopolítico que circula por otros aledaños. Y así entendemos también que siendo imposible para la Argentina una guerra de expansión, los enemigos de Carlos III y de sus esclarecidos sucesores, estimulan otra guerra interna para dividirla, prolongando la fuerza centrífuga que destruyó el imperio español. La guerra de la independencia consiste en recuperar el vigor centrípeto de la Nación y el Estado, de su función humanística justa y prudente, de su continuidad política como un detalle de madura cohesión. Enfrentaríamos aquí el dato humano en el complejo trazado de una geopolítica actual, dentro de las condiciones brevemente sugeridas ya. Sobre esto subrayaré otros pormenores y haré otras reflexiones al concluir nuestro tema.

La dificultad se exhibe en el vínculo entre frontera continental, frontera marítima, frontera institucional de los Estados. La frontera continental depende en su totalidad del eje polar ya aludido; la frontera marítima implica un nuevo acto de reasunción geopolítica semejante al de Carlos III; y la frontera institucional predetermina inevitablemente el trazado a largo plazo de una política internacional, sin caer en la servidumbre a los centros sinárquicos. Si fracasa lo que llamo contexto de la frontera institucional política, la frontera marítima se derrumbará o no existirá simplemente; y si ello ocurre la frontera continental perderá para la Argentina el significado de territorio inconmovible de instalación geopolítica. Estos tres detalles de fronteras están ligados, como puede verse en la historia de España, Rusia y EE.UU., o como puede observarse más atrás en la confrontación de romanos y púnicos, o como puede estudiarse en la expansión anglo-nórdica, en cuanto cotejo con el ordenamiento del imperio español.

En estas alternativas la guerra de la independencia supone como dije llevar el Virreynato a la Antártida, pues Carlos III lo previno para Tierra del Fuego, el estrecho y las Malvinas. Es lo que deduje del eje geopolítico: repetir el gesto del monarca español que nos instala en él.

Ello implica ante todo recuperar y fundar: recuperar el espacio mostrenco y fundar el espacio político. Pero esa reiteración soberana es imposible sin una clara interpretación de las fronteras marítimas y sin un país que de mediterráneo se haga oceánico, como los griegos, los romanos, los españoles, los ingleses, los yanquis, y ahora los rusos, no para explotar y enriquecerse con las ondas magnánimas, sino para convivir el misterio de esas ondas que anidan las energías cósmicas del contexto telúrico. Una geopolítica trazada desde los niveles crematísticos y fenicios está destinada al fracaso, pues ella es patrimonio global de las potencias tecnocráticas, que son forzosamente ocupacionales, invasoras, colonialistas y explotadoras. ¿Bastan acaso nuestras academias militares para resolver tales dificultades geopolíticas y precisar prudentemente el curso de las ventajas operativas? ¿Bastan nuestros supuestos cenáculos políticos, corroídos en general por disputas ideológicas de clanes, o por emociones que no se integran en la gran emoción constructiva del estado? ¿Basta en fin nuestra educación obsoleta, desarticulada y conflictiva para empeñar una guerra de la independencia que requiere en definitiva dos estímulos: la visión intuitiva y práctica y el concurso humano de un pueblo esclarecido? Afrontaríamos un aspecto importante de esta guerra de la independencia, ya aludido con anterioridad: la tensión contrastante entre cosmos e historia, entre geología y estirpe, entre pueblo y coyuntura geopolítica correcta, entre nación y fronteras dinámicas, entre estado y fronteras institucionales, en una vasta remoción de la herencia internacional del siglo XIX. Si la primera guerra de la independencia significó instalarse primordialmente como nación en el espacio geopolítico del imperio, la segunda guerra de la independencia, en cuyo curso nos encontramos, comporta sustancialmente recuperar el margen frente al hemisferio norte, redescubrir el eje polar antártico y fundar un estado inmune a las tensiones de las contiendas conquistadoras de aquel hemisferio, que no trepidarán en repartir, explotar, sojuzgar e incluso aniquilar. La historia en cuanto conciencia humanística del hombre se torna aquí en el dato primordial que remodela la tierra, que siendo asiento imprescriptible de la vigencia del hombre, resulta a su vez transfigurada en la aventura de una construcción política. En otras palabras, si bien el eje polar mencionado como dato orientador es primero y significante, existe como resolución geopolítica en la relación con la estirpe que lo conlleva, lo ilustra y lo trasciende. Y es aquí donde definimos la grave situación de los argentinos, formulada en la siguiente pregunta: ¿pueden los argentinos conllevar, ilustrar y trascender el eje polar que los liga inequívocamente y originariamente a la conciencia de un estado que sea presunción del imperio contra la sinarquía, de una justicia contra los déspotas, de una libertad contra los señores de la guerra? La pregunta resume de otro modo el rumbo y los riesgos de la segunda guerra de la independencia, la vastedad de los reclamos convergentes y eficaces, la prudente consolidación del hombre argentino en el fragor de unas armas sutiles que promueven una mutación semántica; la respuesta a esa guerra externa e interna comporta desde luego una estructura semántica.

En este linde de valores considerables y complejos aparecen dos motivos, con cuya precisión quiero terminar esta conferencia. El primero se refiere a la distinción entre guerra de la independencia y guerra de liberación. El segundo de los fundamentos geopolíticos de una educación nacional. En ambos casos seré breve y más bien alusivo y recapitulatorio. Interesa despertar la conciencia reflexiva, antes que compilar datos y cifras abrumadoras.

-5-

Hemos señalado una divergencia fundamental entre nuestro empirismo histórico-simbólico que atiende al vínculo de estirpe, lenguaje y geografía reordenadora, y el empirismo de los indígenas, promovidos y alentados muchas veces por una táctica de geopolítica leninista, o por una incompleta visión de la historia americana. Surge así un concepto de política bélica, ordenada a construir un supuesto destino político, de mayor envergadura y de mayor coincidencia con un orden empírico siempre vigente. Me refiero al concepto de "guerra de liberación".

La distinción entre "guerra de la independencia" y "guerra de liberación" radica en los caracteres del sistema al que una y otra se contraponen, o en el que se desenvuelven y cumplen sus últimas consecuencias. Nuestra guerra de la independencia transcurre dentro del imperio y reconoce sus fuentes lingüísticas y culturales, lo que quiere decir que conlleva su propio límite y afina su propio campo. Y si la geopolítica del imperio romano creó el espacio de las lenguas romances y la geopolítica del imperio español creó a su vez la relación transhemisférica y transoceánica global que domina ahora los rumbos universales de la historia, nuestra geopolítica prolonga por la guerra de la independencia la virtud constructiva de esa trayectoria. Es guerra de la independencia dentro de eso, no contra eso, es guerra de la independencia como coronación de un despliegue americano de la estirpe y de la lengua, que empeña su contexto en nuevas confrontaciones develadoras, y no guerra que suprima estas confrontaciones. No hemos sido nunca territorio ocupado, ni nuestra guerra ha rechazado un invasor allende de las fronteras imperiales. Y cuando lo hizo fue precisamente para preservar la herencia de Carlos III, en una confrontación de espacio hispano-romano y periferia anglo-bárbara, que retrotraía las cosas a su punto de equilibrada tensión.

Pero dentro del imperio han trabajado fuerzas centrífugas, o su contorno ha sido puesto bajo sitio en una guerra semántica de otras dimensiones impensadas en las antiguas confrontaciones. Por eso mismo la guerra de la independencia configura al mismo tiempo un nuevo equilibrio dentro del imperio y un rechazo tenaz de la guerra semántica

destructiva. Finalmente al abrirse el eje polar transhemisférico se reacomoda la relación de fuerzas histórico-cósmicas, reaparecen tensiones insospechadas, o el ámbito del imperio, trabajado por ellas suscita otros conflictos inesperados y complejos. Allí guerra de la independencia implica reinterpretar la dirección de la estirpe, mantener la cohesión lingüística y favorecer los vínculos históricos que nos ganen aliados verdaderos. Por esto hice arrancar la guerra de la independencia desde la fundación del Virreynato, lo que implicaba geopolíticamente romper con la dependencia de España, pero mantener la reunión de los espacios lingüísticos imperiales y subrayar la frontera entre eje polar (cuyo destino es el sur) y eje hemisférico, cuya fortuna cumple su ciclo inevitable.

"Guerra de liberación" en cambio es un concepto totalmente opuesto. Tres connotaciones lo subrayan, y conviene precisarlas y prevenirlas como un detalle táctico en la guerra de la independencia, que consiste en plantear con rigor los trasfondos semánticos más ostensibles, pero siempre decisivos. En otras palabras, consiste en rechazar contenido, fundamentos y estrategia de la "guerra de liberación".

En primer lugar, el campo que cubre el término liberación implica un total deslinde de las fuentes históricas y una articulación con las supuestas fuentes telúricas, de las que podría irrumpir un nuevo ciclo americano. Según esta primera connotación América indígena pugna por recobrar su instalación histórica que fue y sigue siendo posible al margen de las fronteras imperiales y lingüísticas. Se trata de liberarse de tales coordenadas, reencontrar el rumbo de la raza indoamericana y preparar la reasunción de sus supuestos penetrales cósmico-telúricos. La guerra de liberación es guerra estratégicamente concebida como total cesación de los vínculos semánticos, tácticamente organizado como cortes inatendidos, más o menos sutiles, más o menos desembozados.

El segundo elemento radica en la noción de espacio "ocupado" por un enemigo que debe ser combatido y batido sin cuartel. Pero no siempre la ocupación se presenta con los mismos rasgos contrastantes, como puede verse al confrontar el negro de América del Norte y el indio de América hispánica. Podría inducirse la siguiente ley, válida para la llamada "guerra de liberación", necesaria para inteligir su oculto predominio abolicionista: cuanto más primitivo es el estrato que vincula la tierra, hombre, cosmos, menos practicable y exigible es la "guerra de liberación". Cuanto más articulado es el hombre del espacio imperial o de su periferia, tanto más densa, terrible y comprometida es la supuesta "liberación".

La tercera nota en fin traduce una noción optimista, la noción de una utopía, entrañada en una concepción general de la liberación del hombre de su contorno ancestral. Esta última nota deriva probablemente de una noción teológica, desembozada en las circunstancias actuales como "teología de la liberación", que comporta a su vez por una parte el trasbordo mundanizado de la "teología de la redención" y por otra la

reasunción de antiguas tensiones utópicas, vigentes desde el siglo XV en la modernidad. "Guerra de liberación" resulta entonces un ingrediente semántico contrapuesto a "fuentes" históricas, a "tradición" reencontrada o reencauzada, o simplemente convivida, a "campo semántico" más valioso, más profundo, más humano.

Ahora bien, una guerra de la independencia que trueque sus trasfondos y sus objetivos por la tesitura abolicionista de una "guerra de liberación" confluirá inevitablemente a una corriente mundialista y sinárquica y perderá el margen geopolítico transhemisférico, para depender de una geopolítica de ofensiva global, sin atingencia con ningún pasado, como no sea el pasado telúrico, dispuesto como punto de partida de la serie dialéctica. La confusión de los dos ámbitos comporta asimismo la aceptación de una organicidad global de la historia contemporánea, sometida al proceso de una razón estructuralista, planificadora y frecuentemente esotérica, o por lo menos de veladas metas contrahumanísticas, y por lo mismo significa perder los márgenes geopolíticos legados por los constructores de un pasado muy denso y muy entrañable.

Hemos visto esta confusión, trasladada al campo de la situación general y conflictiva del estado argentino, en años muy recientes. La confusión además resulta doble: de un lado en el campo mismo del cuerpo social argentino, la maniobra del trasbordo inficiona semántica y anímicamente la conciencia política del hombre argentino, en particular en los estamentos que la ilustran con una nueva decisión de independencia y soberanía. De otro lado, advenida la derrota de esos estamentos en cuanto a la conducción del estado, los que acceden a la regencia precaria del estado propenden a reprimir sin apropiada distinción semántica guerra de liberación y guerra de la independencia. Esa confusión obliga al estado argentino a alinearse nuevamente en una geopolítica hemisférica y a depender una vez más de la unión de los bárbaros, que comporta inevitablemente la invasión de los bárbaros. Es preciso reubicar cada cosa en su quicio, cada lumbre significante en su constelación conceptual. Esta es una tarea prioritaria, impostergable, en la guerra de la independencia, que es ante todo una guerra lingüística. Si retrocede y cae la frontera de la claridad lingüística, entramos en fases de inevitables derrotas. Si mantenemos y ampliamos esas fronteras, todo puede superarse, incluso una ocasional derrota.

El segundo motivo que cierra estas reflexiones corresponde a lo que he llamado fundamentos geopolíticos de una educación nacional, o expresado de otra manera, el valor inevitablemente geopolítico que entraña en el mundo moderno todo sistema educativo. Digamos sobre este motivo dos palabras sustanciales. En primer lugar, se trata de definir y precisar en qué medida los sistemas globales de educación contemporáneos integran una concurrencia de recursos geopolíticos paralelos, opuestos, excluyentes o convergentes con la geopolítica humanística de la justicia y su despliegue según el eje polar americano. Llevaría excesivo tiempo examinar los pormenores de esta cuestión. Basta en cambio un

solo ejemplo. Si las concentraciones técnico-pedagógicas de la Unesco, la OEA y otros organismos contranacionales se empeñan en referir los recursos visuales, gráficos y cartográficos según un esquema predeterminado, que reorienta a su vez el punto de vista para reordenar y dinamizar la realidad geohistórica, geocósmica, geoespacial, o sea geopolítica, resulta lógico concluir que el destino geopolar argentino será minimizado, desarticulado, ocultado y finalmente disuelto, según la meta de una estrategia que circula por otros centros de poder y con otros objetivos globales. La disyunción, recognición y enfrentamiento entre dos geopolíticas contrastantes es así inevitable. Se trata de saber si los argentinos tienen la inteligencia, los medios y la decisión para elegir el rumbo que consolide el eje polar antártico y regenere en el ámbito del imperio la relación universal de los océanos.

Podrían multiplicarse los ejemplos que llevarían a inducir el sistema educativo propuesto por el enemigo geopolítico, o delinear los fundamentos, rasgos y recursos de una educación nacional, herramienta inequívoca e insoslayable de una geopolítica del Atlántico Sur, de las grandes cuencas concomitantes, de la fisonomía tropical-antártica de un territorio carente de hinterland y donde vasta cordillera y vasto océano imponen una remodelación del sentimiento mediterráneo argentino. La educación nacional es un capítulo de orígenes globales y consecuencias globales, es decir, es fundación. Y aquí también la guerra de la independencia comienza con Carlos III, aunque sus fases parecen retrasadas o desorientadas respecto de la independencia territorial. No es posible estudiar aquí esta compleja cuestión. Sin embargo quiero aludir en particular a la necesidad de completar la independencia territorial con la independencia espiritual y creadora, sin lo cual desde luego es imposible una geopolítica humanística, decisionista, que obtenga la victoria en la quinta fase de la guerra, dé por abolidas las disputas ocasionales entre oclocráticos y oligárquicos y funde los rasgos del nuevo estado argentino, vigorizado en la tarea de asumir su destino geopolítico austral y transoceánico.

Distinguidos amigos: En numerosas oportunidades de comunicación directa como ésta, en numerosos trabajos y ensayos, en epítomes que corren como catecismos apropiados por una supuesta derecha que es la falsa derecha, o recopiados malignamente por una izquierda social-demócrata que puede ser la tumba de la dignidad argentina, he subrayado la distinción entre patria, nación, estado. Mi modesta experiencia me advierte que esa fecunda vertebración del espíritu político es patrimonio de nuestro pueblo generoso, cuya conciencia mantiene el doble requisito ciceroniano para ser eso, populus, fundamento de la res pública, es decir de lares populi, o sea, consensus iuris et communio utilitatis. Pero según pasemos por el registro de patria, nación, estado ese doble requerimiento entitativo, las urgencias de una decisión congruente acrecientan sus dificultades conceptuales, sus recursos históricos, sus conflictos ofensivos o defensivos. Ese mismo paso por el registro

culminante del estado, según sean los tiempos que el destino otorgue, multiplica las instancias penumbrosas y las coyunturas contrapuestas que exigen, en nuevos niveles insólitos e impensados, claridades designativas, resoluciones eficaces, arte mayor de establecer la res pública en medio de las tensiones globales que nos circundan.

Las primeras fases de la guerra de la independencia se refieren sustancialmente a la categoría nación, que insume la patria eterna en el contexto histórico de los pueblos occidentales, y la hace nación transhemisférica, con un horizonte incógnito en su destino ulterior y magnífico. Las fases subsiguientes que convenimos en llamar segunda guerra de la independencia se refieren a la fundación del estado según un nivel, una misión y un ordenamiento geopolítico que es nota sustancial en la naturaleza de ese estado. En esta segunda guerra de la independencia coinciden pues los requerimientos fundacionales del Estado Argentino, conciencia histórica de la Nación„ y los requerimientos globales, operativos, empíricos, brutalmente empíricos, pero también simbólicos, revelatoriamente simbólicos, de lo que he llamado geopolítica transhemisférica del eje polar, que reordenando el eje mundano prepara el ciclo de los hiperaustros, su reasunción histórica, su articulada esencia de temporalidad telúrica, dispensación cósmica, entrañamiento celeste, en un estado humanista, inmune a la geopolítica de los ejes del hemisferio norte. Nuestros lemas de soberanía, justicia e independencia coinciden con esos requerimientos. Ellos conviven de modo inescindible la conciencia del populus romanus ahora nación americana. Nos falta el último término, categoría del estado, para que podamos decir finalmente: senatus populusque argentinus, o tal vez senatus populusque americanus.

APENDICE

La conferencia que precede fue redactada antes de las tensiones provocadas por el laudo británico -írrito ahora después de la resolución de nuestro gobierno- y fue leída, cuando se esperaba precisamente, de los estudios y análisis geográficos, estratégicos y políticos, el pronunciamiento de la Argentina. Encaminada la negociación directa por vía de las comisiones bilaterales pertinentes, carece de interés insistir en detalles, ampliamente difundidos ya, con pruebas, contrapruebas, argumentos y conclusiones, que abren una instancia al parecer definitiva.

En cambio, no carece de interés repensar otros pormenores más amplios, en los que se inscribe la cuestión geopolítica del Beagle e islas adyacentes hacia el Atlántico o hacia el sur, según el principio esbozado en la conferencia sobre la geopolítica del Atlántico, o sobre lo que hemos llamado el eje polar y sus consecuencias para el hemisferio sur, y por ende para nuestro país. Hagamos a un lado las conmociones estridentes, las reacciones

punctiformes que no conducen a nada, excepto a otras complicaciones. Repensemos una geopolítica del eje polar, que implica por cierto pensar una geopolítica de caracteres globales, orientada a precisar, definir e implementar todas las fronteras geopolíticas de que trata la conferencia. Sin esas resoluciones globales, en la teoría política, y sin los canales concretos de ejecución, la cuestión del Beagle se tornaría en irrelevante detalle de una fallida inserción en el complejo mundo contemporáneo, descripto también de otra manera por el texto de la conferencia.

Toda geopolítica tiene su foco centrípeto que organiza las partes (tanto en la teoría como en la praxis), y enfrenta a su vez las tensiones centrífugas, que se originan en el propio campo por causas circunstanciales o endémicas, diríamos, o en otros campos, regidos por otros centros, o advenidos por otras interacciones histórico-geográficas. Argentina parece más bien sometida desde el siglo XVIII a aquellas tensiones centrífugas, sin lograr el afincamiento en lo que llamamos foco centrípeto. Sin trazar ahora esa historia compleja, que no encuadra en este apéndice modesto, ¿cuál podría ser el foco centrípeto y cuáles las instancias centrífugas que se disciernen: en este panorama conflictivo de hoy? Tal sería el primer paso del repensar geopolítico que aquí propugno.

El segundo paso, dentro de aquel vasto panorama teórico-práctico, consistiría en definir y realizar la erección de la Provincia Antártica, incorporada a la Nación Argentina con el mismo nivel constitucional que las restantes provincias, y con su capital en las Islas Malvinas, y tres jurisdicciones: las Malvinas, Tierra del Fuego e islas adyacentes, y Antártida propiamente dicha.

El tercer paso finalmente, la implementación política de aquellos precedentes teóricos y prácticos, en cuanto posesión, afincamiento y colonización en el más noble sentido romano del término, que transforme las expectativas teóricas de una geopolítica del eje polar, en una geopolítica de fundación o fundacional (*), diferente de la mera regimentación, administración, o presencia burocrática en los papeles del estado. Digamos pues dos palabras acerca de cada uno de estos temas.

En primer lugar, la categoría teórica de foco centrípeto o de tensiones centrífugas. Dos ejemplos pueden aducirse para clarificar el problema: Roma y España. En el primer caso el foco centrípeto es la ciudad y el senado (senatus populusque romanus), es decir, la autoridad política originaria (que incluye auctoritas, potestas e imperium) y la lengua latina, como espacio de configuración geopolítica, que incorpora y repliega. En las vastas confrontaciones geopolíticas de los siglos III° y II° a. C. la victoria romana en la segunda guerra púnica es un ejemplo acabado de la función de ese foco, en cuanto a las fronteras explicadas en la conferencia, que son ante todo fronteras dinámicas, insumidas en fronteras espirituales.

En España la historia lingüística y política repite aspectos del modelo romano, pero incide con otros valores universales (el cristianismo católico-romano), que habrán de presentar incidencias inesperadas en nuestro siglo. Pero dominio lingüístico y concentración institucional monárquica, o sea, lengua y poder político orientan la vasta geopolítica de España. Argentina no presenta, claro está, ninguno de tales presupuestos (ni en la lengua, ni en elimperium). Por el contrario, tanto la lengua como el poder político están sometidos a fuerzas centrífugas destructoras, que emergen de la profundidad americana, o que advienen de otras zonas conflictivas del mundo moderno. En definitiva ¿cuál podría ser el foco centrípeto geopolítico para la Argentina? Damos la respuesta en forma de tesis general negativa y positiva: No es la unificación lingüística, ni la fundación de Bs. As. o Córdoba, ni el proceso expansivo de una autoridad misional. Es simplemente la constitución del Estado Argentino y su articulación histórica con la Nación Argentina, que ofrece la materia del reordenamiento geopolítico. Y ésta es la cuestión crucial para los argentinos, en cuanto el Estado no es ni puede ser fundación de las FF. AA., exclusivamente.

La controversia geopolítica con Chile implica una dimensión mayor, que integran dos términos: emersión definitiva del Estado (diferente del régimen político) y fundación de la Provincia Antártica, que integraría definitivamente la materia geopolítica de la Nación Argentina. Pero y ¿qué hacemos con el tratado antártico, suscripto por el nefasto Frondizi? ¿Qué hacemos con la usurpación de las Malvinas?

Además en las actuales confrontaciones geopolíticas inciden otros elementos, despliéganse otras líneas más sutiles o más complejas que modifican el horizonte de los Estados e incluso sus probables acuerdos o conflictos. Son otras fronteras geopolíticas de las que no trata la conferencia precedente, pero que son fáciles de presumir. Damos dos ejemplos de extremada significación contemporánea.

El primero se refiere a las actividades, orientaciones o simple mente presiones de la Comisión Trilateral (EE. UU., Japón y Mercado Común Europeo), que asumen funciones de gobierno mundial, por lo menos para el llamado "mundo libre". Los vínculos de esta comisión con el Council on Foreign Relations (de EE. UU.) y las implicancias políticas para todos los estados americanos, indican una fuerza contraria al principio centrípeto, esbozado más arriba (Cf. La Nación, 30 de junio de 1977). En otras palabras, más concretas; ¿permitirán acaso los poderes inscriptos en esa Trilateral mundialista la erección de la Provincia Antártica, y más radicalmente aún, permitirán la emersión definitiva del Estado, según la geopolítica que nosotros propugnamos en el contexto de la conferencia precedente? He aquí la significación profunda de la cuestión del Beagle dentro de los territorios del eje polar y sobre todo dentro de la voluntad soberana argentina de repetir, como dije, el gesto de Carlos III, hasta el centro mismo del polo antártico. En mi

libro La Conspiración Sinárquica y el Estado Argentino señalé los horizontes de los conflictos, obstáculos, impedimentos; el asedio tenaz y sus personeros pugnaces y desembozados. Nada ha cambiado en tales horizontes. He aquí, una nueva frontera geopolítica: entre el Estado argentino y su régimen político, por una parte, y los planes mundialistas de la Trilateral sinárquica y sus proyectos económicos y políticos, por otro lado. El caso del Beagle ¿sirve para ilustrar esta conciencia superior del Estado, y permite reordenar los pasos futuros, globales, según el centro de radicación geopolítica? Este es su significado profundo, como desafío a los márgenes de la soberanía argentina, que encuentra sin embargo su verdadera frontera en la política esclavista de la Trilateral. El señor Brzezinski, mucho antes de su acceso a la conducción del centro geopolítico yanqui, publicó un libro titulado La Revolución Tecnotrónica (París, 1970), que un ilustrado francés llama "el catecismo de la Trilateral". Las computadoras tienen planificada la distribución mundial de poder, con las variantes de la curva cotidiana. Parece que esas computadoras no registran ni registrarán la "provincia antártica argentina", por donde se induce que desde esas fronteras los obstáculos para el estado argentino habrán de ser descomunales.

El segundo ejemplo alude a un nuevo ingrediente que se incorpora en la situación contemporánea: lo que he llamado desde hace muchos años ya, en las páginas de la Hostería Volante, la "guerra lingüística", y con mayor propiedad la "guerra semántica". La violencia terrorista es de una cierta manera, consecuencia fáctica de esta guerra semántica, que afecta la naturaleza espiritual y política de los estados occidentales. Pero esta violencia tiene entre sus causas más profundas la reversión semántica del cristianismo occidental romano, y la sufrirán en consecuencia aquellos estados que no dispongan apropiadas medidas de recognición política, o que prisioneros de una ética, transformada en fundamento de la política, sean arrastrados por la confusión temporal de esa ética farisaica. Al lado del señor Brzezinski, otro colaborador del señor Carter, conspicuo representante de la Trilateral, el embajador A. Young (ante la U.N., con espectaculares declaraciones e intervenciones en la geopolítica africana), estampó el siguiente pensamiento sentencioso, difundido con alegre despreocupación por la televisión americana: "La tecnología y el militarismo de occidente han estorbado a tal punto las posibilidades de la democracia en América latina o la verdadera libertad en Africa y Asia, que probablemente será necesaria la destrucción de la civilización occidental, para permitir en el resto del mundo el advenimiento de una sociedad justa y fraternal". (Cf. La Nación, 20 de abril de 1978). ¿No se levanta acaso el velo de la geopolítica de "disolución" de los estados, y no se entrevé la maquinaria espiritual e ideológica de la Internacional terrorista? ¿La confrontación con Chile tiene en cuenta estas delicadas instancias globales?

El segundo paso, es de realización geopolítica: prolongar los efectos del eje polar, como en el siglo XVIII lo hizo Carlos III. Ello significa en las circunstancias de estas

décadas finales del siglo XX y en estas coyunturas de la Argentina, fundar la Provincia Antártica y definir para los próximos siglos, la integración última de ese eje polar. Esta fundación no puede ser sino tarea de las FF AA. depositarias de la totalidad del poder político, pero debe contener el impulso de una planificación nacional del Estado, que no representa ni puede representar exclusivamente la voluntad política de las FF.AA. El nivel militar inicia en las difíciles coyunturas actuales la fundación de la Provincia Antártica, pero la integración geopolítica en el Estado Argentino, es una dimensión mayor. Y he aquí donde reaparece el espectro de la guerra semántica (frontera geopolítica de la disolución, o de las fuerzas centrífugas) Pues la integración nacional no es una tarea de la democracia liberal. Y entonces proponer como meta una democracia estable, fuerte, es en Argentina de hoy, caer en las derivaciones del Sr. Brzezinski. La erección de la Provincia Antártica comporta dos elementos geopolíticos indudables: reintegración sin condiciones de las Islas Malvinas a la soberanía nacional argentina; y afincamiento de una estructura política que no sirva solamente para explotación de los recursos naturales.

Ello nos lleva al tercer paso, mencionado en la breve discriminación que encabeza este apéndice. Y esto es lo más difícil, porque compromete la capacidad "artística" de hacer la cosa misma, luego de los discursos, las teorías, controversias, análisis y planificaciones (que en Argentina suelen perderse como un flujo que pasa sin contención posible). Este tercer paso entraña en otras palabras una cuestión educativa prioritaria, que según la exposición de la conferencia es un centro significativo del pensamiento geopolítico que pretendemos consolidar. En esta capacidad "artística" entra en primera línea el señorío sobre el mar y los hielos, en el sentido propuesto al indagar el pasado de las grandes realizaciones del espíritu, que es siempre navegación.

Podría intentarse completar estas reflexiones, para destacar los valores estratégicos globales del sur antártico, frente a las confrontaciones globales de las grandes potencias, afincadas en el hemisferio norte. La Comisión Trilateral, por un lado, el imperio soviético y China por otro lado, se encaminan inevitablemente a un choque de imprevisibles consecuencias. El señor Brzezinski tiene sus propias concepciones históricas, fundadas en una antropología que hace del hombre materia de otras combinaciones esclavistas, para una suerte de "metahistoria", nebulosa y utópica. Precisamente, en muchos sentidos, la comunidad estratégica argentino-chilena en lo que atañe a los horizontes del sur, representa una herencia mucho más vasta y más decisiva que los pormenores implicados en la controversia. Debemos consolidar, en la independencia y la justicia, esa comunidad libre, que enaltece a los estados. Debemos cuidarla para los próximos siglos.(Mayo de 1978)

(*) Esta palabra **fundacional** se ha incorporado en los últimos años al vocabulario político,

y es usada con cierta labilidad semántica por funcionarios o ministros del actual gobierno militar. Aclaro que no la extraigo de tales antecedentes; por el contrario parecería ser que de algunos trabajos del autor de este estudio, el término ha pasado a veces con impropiedad semántica a disquisiciones bastante difusas, que corren ya incontenibles en el ámbito público. Pero basta revisar mis trabajos publicados desde hace más de veinte años para advertir de donde extraigo la palabra. Ella procede de una confrontación crítica entre el hombre griego (teorético) y el hombre romano (fundacional), como han aprendido de mis apuntes numerosos alumnos, apuntes expoliados sin misericordia por otros. Esa temática fue expuesta en los cursos del Centro de Altos Estudios del Ejército, hace casi veinte años. La palabra pretende traducir el latín conditor, del verbo condene que quiere decir fundar. Para mayor abundamiento deben releerse mis trabajos, Brasil y Argentina. Soberanía fundacional (1967). El sentido político de los Romanos (1970) y los numerosos artículos y notas de la revista Hostería volante, que se resumieron a partir de 1962 en los Principios de una política fundacional, dispersos en la vastedad de la patria. No reclamo ninguna propiedad y tampoco me siento plagiado. Pero conviene también subrayar que no debo en esto nada a ninguno de los voceros que en los últimos años tienden a malograr la semántica fecunda del término y a practicar esas confusiones tan características de la incultura argentina. Incultura lingüística de pavorosas consecuencias en todos los órdenes, sin excluir por supuesto el orden político, que es en definitiva una semántica. Esta aclaración se impone, pues el acto de repensar a que tantas veces aludo es imposible sin una remoción de los obstáculos lingüísticos.

Ediciones
INDEPENDENCIA Y JUSTICIA
Córdoba, Argentina
1980